

Capítulo 34 - Luces pálidas

- [Capítulo 34 - Luces pálidas](#)

Capítulo 34 - Luces pálidas

Como siempre, la honestidad de Angharad Tredegar resultaba ser una gran molestia.

En lugar de la hora aproximada que Tristan había planeado esperar para que la tripulación comenzara a atravesar el centro del salón destrozado, tuvo que aguardar más del doble, aunque nunca se acercó lo suficiente como para distinguir sus rasgos más allá de sus siluetas a distancia —demasiado riesgo, con Song Ren cerca— pero logró vislumbrarlos apartándose y respiró con alivio. Por fin. El ladrón había aprendido a tener paciencia, pero nunca a amarla. Una vez que desaparecieron de la vista, Tristan se puso manos a la obra: buscar el pasaje de Augusto Cerdan de regreso al Antiguo Fuerte.

Escuchar el parloteo del hombre le había dado una idea vaga de dónde debería estar. Aunque el infanzón había sido cuidadoso en no mencionar la ubicación exacta de la grieta en la que había caído, se había mostrado demasiado ansioso por jactarse de lo rápido que había atravesado el laberinto de espejos. Tristan memorizó las direcciones que supuestamente había seguido, reduciendo significativamente las posibles ubicaciones de la grieta. Había sido la parte de las palabras del infanzón en la que realmente se concentró, prestando solo medio oído al resto.

Los dedos del ladrón se apretaron con fuerza. Si hubiera prestado más atención, si hubiera descubierto las pistas, tal vez...

“Girar esa pieza de cristal no lo moverá,” le aconsejó Fortuna.

Claro, pero ahora que ella estaba sentada sobre ella, nada podría hacer.

“Sabes que voy a trepar allí,” dijo él.

En lugar de apartarse como el acto implícito de su petición, la diosa se estiró como un gato y se posó con desafiante actitud.

“Pensé que estarías más contento después de haber podido darle un golpe a Cerdan,” comentó Fortuna. “¿Aún arruina el gusto el último acto de Vanesa?”

El rostro de Tristan quedó en blanco.

“Hubo indicios, en retrospectiva,” afirmó con tono calmado. “La abuela tenía razón: bajé la guardia y enseguida comenzaron a escapar de mi vista.”

Fortuna bramó con una carcajada.

“Eso, porque eso es lo que te preocupa,” se burló la diosa de ojos dorados. “Claro, eres un viejo ratero duro, demasiado resistente para llorar por la viejita que preferiste que se suicidara.”

Él apretó los dientes.

“Burlate todo lo que quieras,” dijo él, “pero no puedes negar que...”

“Ya estaba muerta, Tristan,” interrumpió Fortuna. “No le iban a amputar la pierna, independientemente de lo que dijeras. Ella simplemente no podía concebir una vida digna con una sola pierna.”

La ira nacida en su interior creció de forma rápida y cegadora.

“¿Crees que no sé qué?” gruñó. “Un ojo, una pierna — ella perdería su tienda incluso si regresara.”

Pasó una mano por su cabello, con el enojo apretando aún más su mandíbula.

“Ella debía saber que le daría el veneno si ella lo pedía, Fortuna,” afirmó. “Que no vacilaría en deshacerse de Ocotlán, que le daría la dosis justa para que muriera en el laberinto en lugar de en la mesa de la cocina, frente a todos. Lo hizo así porque quiso ser atrapada.”

Pensaba que quizás parte de eso era para que el peso de culparlo no cayera sobre él si se descubría que los venenos eran suyos. Pero la mayor parte era que Vanesa simplemente no quería vivir esa mañana. No quería encarcelamiento ni dolor, así que bebió la amapola y confesó ante un hombre con un revólver y la responsabilidad de usarlo. Maldijo y sintió ganas de patear la pieza de cristal, aunque solo le provocaría moretones en los dedos del pie.

“En esa decisión no había lugar para que metieras la nariz,” afirmó Fortuna. “Ella eligió sus dados y los lanzó; lo que sucedió después fue asunto suyo y de la mesa.”

“Yo no soy tan hipócrita como para negar que alguien pague lo que debe,” dijo Tristan con cansancio. “Pero ella valía más que un Ocotlán.”

Puedes encontrar a alguien como el matón en cualquier taberna del Mirk: fuerza acompañada de crueldad era una moneda que ninguna ciudad jamás enjugó en la pobreza. La bondad, ofrecida sin límites a los extraños? Eso era un bien raro.

“No fue un trueque justo, eso es todo,” murmuró.

“A veces solo hay que aceptar la derrota,” respondió Fortuna, no sin algo de compasión.

Pero no, pensó él, con compasión tampoco. Ella era una diosa, la Dama de las Probabilidades Altas. Fortuna nunca sería capaz de ver el mundo sino a través de esos lentes, y no era en su naturaleza llorar por una pérdida. ¿Cómo podría hacerlo, cuando la esencia de ella consistía en hacer rodar los dados hasta que ese uno en mil victorias rugiera con fuerza? Perdiendo el interés en la conversación, Tristan abrió su bolso y se puso los guantes de cuero.

Tenía trabajo que hacer y ya llevaba retraso en la agenda.

--

Fue algo menos de una hora encontrar la salvación de Augusto Cerdan.

La búsqueda se facilitó una vez Tristan estuvo seguro de que el hombre había mentido, lo cual, dado que trataba con un infanzón, suponía que era lo más probable: su señoría no había llegado tan lejos en el salón del espejo como había afirmado. Como los alrededores de los terrenos destrozados eran los más fáciles de recorrer, esto resultó ser una suerte.

La fisura en cuestión era larga y delgada, como una herida cortante en la tierra, y estaba medio cubierta por un muro arrugado. El muro se rompió en pedazos cuando un trozo de techo cayó sobre él, lo que hizo que llegar a una parte de la fisura lo suficientemente ancha para atravesarla fuera una tarea sencilla, aunque agotadora. Tristan apartó fragmentos afilados de cristal, agradeciendo la espesor de los guantes de cuero, hasta que hubo espacio suficiente para ver en las profundidades. Y que, para su algo de diversión, no eran muy profundas.

La luz de la linterna reveló que la caída no alcanzaba los siete pies. También confirmó que estaba en el lugar correcto: avistó un botón de latón extraviado, sin una mota de polvo, a diferencia del resto del suelo. Alguien había pasado recientemente por allí.

Tristan se bajó y metió el botón en el bolsillo — eso hacía tres, añadidos a la pareja de piedra del pilar que había dividido entre su bolsillo y su bota — antes de tirar de la cuerda tras él. El espacio aquí abajo era una cripta estrecha cuya altura hacía que tuviese que mantenerse de rodillas, con tumbas vacías a ambos lados. Tras unos treinta pies de reptar en ese estrechamiento, la cripta terminó y se abrió un descenso a una habitación mucho mayor.

Mayor y bastante inusual: en ella no había más que un puente sobre aguas oscuras y aceitosas. El suelo estaba pavimentado con baldosas grises y amarillas, desgastadas, con formas geométricas en su interior. En el lado opuesto del puente había una puerta cerrada de un metal tan erosionado que el ladrón no podía distinguir qué era.

No hacía falta que se lo digieran: allí habitaba un dios.

Este debía ser el lugar donde Augusto Cerdan afirmaba haber vencido la prueba. Deslizándose fuera de la cripta, Tristan cayó sobre el suelo de baldosas y tomó un momento para orientarse. Sacudió el polvo de los hombros, levantó la linterna y aclaró su garganta.

—¿Y cómo podría uno ganar el derecho a cruzar el puente? —preguntó Tristan con voz clara.

Un movimiento llamó su atención. Parecía un perro callejero, del mismo gris desgastado que las baldosas, con ojos y dientes de ese mismo tono amarillento, pero él sabía mejor que confiar en lo que veía. La deidad podría estar fingiendo haber estado acurrucada contra la pared de atrás en el lado opuesto del puente, levantándose justo ahora, pero el ladrón no habría pasado por alto si realmente estuviera allí. El perro callejero, dios extraviado, trotó hasta la mitad del puente y se detuvo allí. Se recostó casi con pereza.

—Suplicante —lo saludó la deidad.

Su voz, pensó Tristan, sonaba como un roce contra una baldosa. Como alguien pintando.

—Dios de la tierra —respondió, inclinando la cabeza con respeto.

—Puedes someterte a mi prueba para obtener el paso, —le dijo el perro— o pagar el peaje y cruzar.

Él inclinó la cabeza, pensando.

—¿Cuál es tu prueba? —preguntó.

—Hay seis círculos escondidos entre las baldosas —dijo la deidad—. Encuéntralos y podrás pasar por aquí a tu antojo.

Eso, pensó Tristan, parecía una de esas pruebas que terminan siendo mucho más difíciles de lo que parecen.

—¿Y el peaje? —preguntó.

El perro abrió la boca con alegría, mostrando dientes que —amarillos, pero de una forma que desafiaba toda descripción de suciedad, demasiado uniformes en color y perfectamente formados— quedaron relucientes con una lengua gris.

—Necesito pintura, —dijo la deidad—. Pintura fresca. Los colores se desvanecen.

Tristan no era tonto.

—Quieres mi sangre —afirmó.

—Tres gotas —dijo el perro dios—. Huelo a una vida interesante. Tu tonalidad no se desvanecerá pronto.

El ladrón tragó saliva.

—El hombre que vino antes que yo —dijo Tristan— pagó el peaje, ¿verdad?

El perro asintió. Tristan inclinó mentalmente su sombrero en señal de respeto hacia Augusto Cerdan — en verdad, había estado más inclinado a creer que el infanzón era un ganador que no. Sería divertido descubrir cuánto tiempo había mantenido esa mentira ante el equipo del laberinto.

—Era pintura superficial, —dijo la deidad—. Demasiado de lo mismo, que se amarillea fácilmente. La tuya será gris, creo. Eso siempre requiere tiempo.

Dar sangre a un dios no era tan peligroso como lo asumían los que tenían miedo. Tristan lo había hecho pocas veces, como cuando rezaba al Rey Rata, y en dos ocasiones a los Huesos Caprichosos, cuando había tenido que nadar cerca del fondo de los canales en la Vieja Ciudad — la Mane era una criatura peligrosa que no dudaba en atrapar a quienes vivían cerca de las profundidades que reclamaba su dominio. Además, Augusto Cerdan no pareció enfermarse visiblemente tras pagar el peaje; Tristan, sin embargo, sabía cosas sobre ese laberinto que el infanzón ignoraba.

—¿Es él? —preguntó.

No era a esa perra callejera a quien dirigía su pregunta. Fortuna pasó junto a él, agitándose y fulminando al dios en el puente con una mirada severa.

—Es de muy mal gusto —se burló —, ensuciar así un vestigio. Un dios de tu edad debería comportarse mejor.

La perra, con pereza, volteó para mirarla. Directamente, Tristan vio cómo parecía poder verla allí, de pie, como si pudiera percibir su presencia.

Y entonces ocurrió un cambio.

Su piel empezó a burbujear y a derretirse, desprendiéndose en pedazos. Escuchó cómo se deformaban, en tonos grises y amarillos, y se distorsionaban hasta que un escarlata húmedo estalló en una brusca explosión de carne, que volvía a formar una silueta que recordaba a un perro, enredada en tentáculos de rojo, con una sonrisa viscosa. La visión le produjo un escalofrío de repulsión, la innata perversidad de lo que contemplaba resultaba más repugnante que cualquier palabra pudiera expresar.

“Una cosa extraviada que no sabe cuándo debe morir,” dijo la Boca Roja, y se rio.

Las extremidades de Tristan temblaban. Casi cayó de rodillas. Esa voz, esa... no, no era una voz. Era como una boca junto a su oído, succionando la humedad en su cráneo y alimentándose de ella. Podía sentirla aún, una enfermedad susurrante que permanecía en su interior. El ladrón se convulsionó, pero no era su estómago lo que quería vomitar — era su alma.

“Estás podrido,” dijo Fortuna, con una voz como agua fresca en pleno verano.

Ahora Tristan, dándose cuenta de que estaba arrodillado, dejó escapar un suspiro. Había estado ahogándose en aire sin siquiera notarlo.

“Hay una enfermedad en ti, como si tus raíces crecieran torcidas,” meditó la Dama de las Altas Probabilidades. “Lo que sea de lo que ahora seas dios, no es para lo que naciste.”

“Los Maestros han desaparecido,” sonrió la Boca Roja. “Ahora puedo comer a mi gusto.”

Una mano tomó su muñeca. Tristan parpadeó sorprendido, observando sus dedos ensortijados mientras Fortuna lo miraba con preocupación. Se dio cuenta de que había estado a punto de arañarse la cabeza, de cavar y cavar en la carne para arrancar la humedad venenosa que se deslizaba por sus oídos como una puerta sin guardianes.

“Concéntrate,” le dijo ella. “Piensa en una moneda girando.”

Con la boca seca y las encías sangrando contra su lengua desgarrada, Tristan se obligó a verla. A oírla, sentirla. El anillo de oro girando, el destello en la luz. El chasquido satisfactorio cuando su pulgar lo hacía girar. La sensación plana cuando caía en su palma. Sentía cómo respiraba, su

corazón palpitando con miedo y firmeza.

“El trabajo no me detendrá,” dijo la Boca Roja. “Los bastardos del Portador de la Luz rompieron el Trabajo pero no pueden gobernarlo. El sello fallará. Creceré y tomaré, tomaré, tomaré, te tomaré —”

La presión se acumulaba contra sus tímpanos, como si estuviera en el fondo del mar, hundiéndose, y mientras intentaba cubrirse los oídos en vano, Tristan gritó. Gritó hasta que su garganta quedó áspera y sus pulmones ardían, sus labios se agrietaron.

Despertó de rodillas, llorando, con el sudor en la frente apoyado en los fríos azulejos.

Fortuna le acariciaba la espalda, susurrándole con ternura.

“Todo está bien,” dijo la diosa. “Ya no está, Tristan. Se fue.”

“Yo,” balbuceó Tristan, saboreando cobre en sus labios partidos. “Dioses...”

Se sentía como un niño de nuevo, un llanto que surgía en su garganta frente a la injusticia del mundo.

“¿Qué hizo?” preguntó Tristan.

“Te miró,” dijo Fortuna en voz baja. “Todo de él, solo por un momento. Pero tú no te quebraste, Tristan. Tu mente resistió.”

El ladrón balbuceó algo que fue tanto alivio como terror. ¿Había resistido realmente? No podía decirlo. No podía estar seguro de cómo había sido antes de ese sonido horrible. Sentía que estaba manchado desde adentro, como si hubiera una putrefacción de la que nunca podría librarse.

“¿Ya se fue?” preguntó.

Supplicó.

“Cuando dirigió su mirada hacia ti, los dioses del laberinto le mordieron,” dijo Fortuna. “Ahora debe morderlos a ellos. Su mirada no regresará aquí por un tiempo.”

Fuerza se levantó, aunque la linterna se había volcado, con petróleo derramado, y sin siquiera intentar limpiarla, la levantó bruscamente.

Corrió sobre el puente, adentrándose en los profundos pasillos, y continuó huyendo hasta llegar al Viejo Fuerte.

—

Parecía estar en un trance: Tristan, con todas sus fuerzas, no podía haber descrito el camino que recorrió para regresar. Era una especie de difusa imagen, una sensación vaga de movimiento y

tropezón constante.

La imagen empezó a aclararse al atravesar los santuarios, en los terrenos abiertos que conducían a las murallas. La firmeza de sus botas sobre la piedra le ayudaba, pero el ladrón se sentía exhausto hasta los huesos, como si la vida hubiera sido exprimida de él. El dull dolor que martillaba en su cráneo no ayudaba en nada. Cuando alcanzó el agujero en las murallas, se sentía medio humano otra vez, pero darse palmadas en el cabello y alinear su ropa no había sido suficiente. Los centinelas en guardia levantaron sus mosquetes al verlo.

—No te muevas — ordenó el sargento—. Manos fuera de las armas.

lanzaba una mirada rápida a la guardiana azteca junto a él.

—Trae a Basset. Parece que hubo una brecha.

La joven le hizo una reverencia con la mano, lanzándole una mirada llena de compasión antes de retirarse. Tristan tuvo que parpadear varias veces para despejar el sueño, pero aunque se tambaleaba sobre sus pies, la pistola del centinela nunca bajó. La guardiana azteca regresó acompañada de un joven centinela malani, medio vestido y con los ojos aún entrecerrados por el sueño. Amodorrado, bostezó.

—¿Es él?

—¿Ves a alguien más? —preguntó sin rodeos el sargento—.

El malani —Basset, un nombre extraño— rodó los ojos, pero dio un paso más cerca. Tristan lo miró con cautela, especialmente cuando el otro empezó a olfatearlo.

—Solo hay un contrato —dijo Basset—. Podría haber tenido un roce, pero el aroma de su espíritu es tan fuerte que no puedo distinguirlo.

Una brecha, había dicho el sargento. Buscarían si la Fauce Roja había echado sus ganchos sobre mí. ¿Cuán cansado debía estar él para que la idea le hubiera llevado tanto tiempo en acudir a su memoria? El sargento gruñó, pero tras un breve instante finalmente bajó su mosquete.

—Puedes entrar —dijo—. Ten cuidado, rata. Después del desastre de antes, nadie está de ánimo para bromas.

Tristan asintió lentamente, mordisqueando el interior de su muñeca cuando creía que nadie lo vigilaba. El dolor lo despertó un poco, aunque no duraría mucho. ¿Un desastre? Algo que tendría que investigar cuando estuviera más despierto. Era difícil adivinar la hora, pero por la oscuridad en la mayoría de las luces, debía ser noche. Aunque con muchas ganas de lanzarse sobre su lecho y dejarse caer en sueños, Tristan no tuvo esa oportunidad. Una de las cortinas más adelante se apartó a su paso, y la cabeza de Maryam asomó. Sus ojos azules se abrieron de par en par al verlo.

Aguardando el gruñido, Tristan obedeció cuando ella hizo un gesto para que se acercara.

La cortina cayó tras él y apenas podían verse el uno al otro, pero eso no impidió que ella lo inspeccionara minuciosamente.

—Ves que estás medio muerto —le dijo con franqueza—. ¿Qué te ha pasado?

—El regreso fue más desagradable de lo que esperábamos —admitió Tristan—. Estoy muerto de cansancio, un informe tendrá que esperar. ¿Qué es eso que he oído de un desastre?

Maryam frunció el ceño.

—El teniente Vasanti reunió un equipo y atravesó la puerta cerrada —explicó—. Entraron veinte, armados hasta los dientes. Solo volvieron nueve. Ahuyentaron al dios, lo herieron, pero no lograron matarlo.

Eso, pensó el ladrón, iba a ser problema.

—¿Qué intentaban hacer?

Maryam se inclinó más cerca.

—Buscaban la marca que le diste a Francho —susurró—. Fueron a donde dijiste y no la encontraron, por eso Vasanti se enfureció. Hizo que revisaran nuestras habitaciones mientras nos tenían bajo arresto.

Él cerró los ojos. Tristan casi podía sentir una segunda, más intensa jaqueca asomándose detrás de la actual. Ese golpe había sido imprudente por parte de la teniente. ¿Por qué hizo su intento ahora, cuando en su lugar podría haber pedido ayuda a sus superiores? Preguntó a Maryam, pero ella no tenía más ideas que él, además de otras noticias igual de urgentes.

—La marca funciona —le dijo Maryam—. La introdujimos sigilosamente en la habitación, en aquella con la máquina que nos mandaron estudiar, y reaccionó. Apagamos el dispositivo antes de que el guardia se diera cuenta, pero negocié con la Teniente Wen y en tres horas volveremos —el sargento Mandisa tendrá el turno de guardia, ella deberá cubrirnos.

Tristan casi sollozaba. ¿Solo tres horas? Él necesitaba tres días, no esa miseria. Pero no podía permitirse perderse los descubrimientos de Francho.

—Allí estaré —suspiró.

Cada fibra de su cuerpo se sentía exhausta y aún había una cosa que debía hacer antes de poder dormir.

—Voy a necesitar tu ayuda —dijo—. Ayer me corté con un pedazo de metal oxidado. Debo limpiar la herida o corro riesgo de tétanos.

—Eso va a doler —advirtió Maryam.

Asintió con gravedad. Tendrían que abrirla de nuevo y desinfectarla con alcohol para asegurarse de que no quedara nada.

Un final apropiado para un día sangriento.

—

Fue Yong quien lo despertó dándole una patada.

—Arriba —susurró el Tianxi—. Tenemos que movernos antes de que las personas de Vasanti regresen a vigilar.

—Qué gusto volver a verte —murmuró Tristan.

Antes de salir, revisó sus vendas y vio que el trabajo de Maryam seguía en su lugar, luego se puso apresuradamente sus botas y siguió a Yong. El anciano le dijo que serían los últimos en llegar: Francho y Maryam ya estaban adentro. Se apresuraron hacia la Atalaya, los crespazos en las paredes apenas si les dirigieron una mirada, y subieron por la escalera. Un par de tramos más tarde, estaban en la habitación donde se encontraba la máquina etérea y las bandas de criptoglifos en las paredes. La sargenta Mandisa, la alta mano derecha de Wen con una sonrisa fácil y una infinita falta de misericordia detrás de ella, se encontraba tranquilamente en la puerta. Desde temprano Tristan había captado que Mandisa era una de las personas más peligrosas del Viejo Fuerte.

Habla del tema de la muerte como alguien que piensa poco en entregarla.

—Ah, Tristan —Sonrió Francho sin dientes—. Me alegra verte de regreso con bien.

—Fue un viaje —dijo el ladrón con calma—. ¿Qué tienen para nosotros, Francho?

—Eso mismo me intriga —comentó la sargenta Mandisa—. Pensé que las marcas tenían usos muy específicos y limitados. Tiene más sentido que esté emparejada con un dispositivo del otro lado del pilar.

—Así es —asintió Maryam—. Pero podemos obtener lo que necesitamos sin tener plena libertad sobre el aparato.

La máquina, de tamaño humano, no había cambiado desde la última vez que la vieron. La caja de aliado dorada en la parte superior, con sus palanquitas finamente articuladas, tenía doce cilindros enlazados con pistones que bajaban a un barril de vidrio verde, de lado. Francho presionó la marca contra esa tapa opaca, y mientras el anciano sonreía con entusiasmo, una luz empezó a recorrer el cristal. Un resplandor verde latía suave, y todos contuvieron el aliento: la antigua maravilla había cobrado vida.

“La máquina no está funcionando plenamente en este momento,” observó Francho. “Como tú planteaste, Sargento Mandisa, esta marca no es la llave adecuada para activarla. Por suerte para nosotros, parece resonar con un componente en el barril y las reacciones nos otorgan una cierta

cantidad de poder.”

“¿Y para qué,” preguntó Yong, “se va a utilizar ese poder?”

“Mi estudio de criptoglifos es relativamente superficial, te advierto,” dijo el viejo profesor. “Pero tengo bastante certeza de haber identificado una combinación de palancas que causa ya sea ‘auditar’ o ‘inspeccionar’.”

“Lo intentamos antes, pero no puedo hacer los signos correspondientes, así que no hubo reacción,” dijo Maryam. “Aunque ahora podría funcionar.”

“Qué emocionante,” exclamó la Sergeant Mandisa con entusiasmo. “Continúa.”

Francho miró a Maryam, quien encogió los hombros. La secuencia no parecía tan complicada a simple vista de Tristan: tirar hacia abajo dos palancas, y una más moverla hacia un lado. Exactamente en ese orden. Para decepción de todos, nada sucedió.

Hasta que el resplandor verde desapareció.

La máquina se estremeció, los engranajes bajo el marco dorado rechinando mientras los pistones que conectaban con los cilindros comenzaban a moverse. Algo parpadeó tras el cristal verde, pero la luz no volvió a aparecer. Al menos no allí: para sorpresa de todos, colores florecieron en la pared frente a la tapa del barril. La Sergeant Mandisa, que estaba de paso, fue teñida con ellos durante un instante antes de alejarse, ilesa, para alivio de todos.

“Maldita sea,” dijo Yong. “Realmente funcionó.”

Fue así, pensó Tristan. Ahora solo le faltaba entender qué estaban viendo. Era, a su juicio, un espectáculo de verdes y rojos que cegaba la vista. Dos formas verdes e irregulares, una de forma ovalada y ancha y la otra con forma de triángulo deformado, estaban llenas de tentáculos rojos que sobresalían del borde de la figura. Esperaron un momento más, pero nada cambió. Los colores permanecían en la pared, con ocasionales destellos oscuros por un segundo antes de continuar. El ladrón tuvo la impresión de que quizás estaban corriendo contra el tiempo. Todos parecían algo desconcertados, salvo Maryam: sus ojos estaban fijos en la forma verde de la derecha, sin parpadeo alguno.

“¿Sarai?” le preguntó.

“Eso,” dijo ella, señalando donde había estado mirando, “es un mapa del Dominio de las Cosas Perdidas. Visto desde un ágil punto de vista.”

Dudar de ella sería una necedad, cuando había utilizado un Signo para memorizar a la perfección un mapa del Dominio. Tristan hizo una pausa, mirando la otra forma. Un triángulo maldibujado, pensó, a menos que...

“Entonces, esto sería la isla desde el lado,” dijo. “Como si la miraras a través de ella.”

La Sergeant Mandisa se quedó inmóvil. Resaltaba aún más por su habitual vitalidad, en contraste con su quietud actual. Así que sabes que la Boca Roja existe, pensó Tristan. Ella era lo bastante importante para eso.

“¿Y qué representa el rojo?” frunció el ceño Yong.

Tristan no había guardado silencio completo respecto a la existencia de la Boca Roja después de descubrirla con Francho, pero solo la había mencionado a Sarai. La veterana Tianxi todavía no sabía nada. Solo ella no conocía ahora, que Vanesa está muerta. Tal vez ya no era momento de mantener secretos.

“Un dios,” dijo Tristan. “Uno que la Guardia está manteniendo contenido.”

“Fallando en ello,” dijo suavemente la Sergeant Mandisa. “No sois tontos, así que supongo que no hace falta que os diga que abrir la boca puede costaros la vida.”

La amenaza sonó tan natural que resultaba difícil ofenderse. Además, Tristan estuvo más atento a sus primeras palabras: ella también lo había notado. Cerca de la espalda de la isla, en el extremo opuesto donde amarró la Bluebell, los tentáculos rojos comenzaban a atravesar la forma verde que representaba la isla. Desde un lado, se enroscaban hacia abajo y luego hacia adelante, entendiendo Tristan que eso significaba que la Boca Roja había empezado a taladrar el lecho rocoso bajo el Mar Trebiano para extenderse a otras islas.

—Fascinante—murmuró Francho.

El anciano se encontraba junto a los colores en la pared, ojos brillantes de interés.

—¿Qué es?—preguntó Yong.

—Mira el patrón en el rojo aquí—dijo el viejo, señalando la vista aérea.

Sus dedos recorrieron surcos rojos, los más gruesos de las líneas rojas.

—¿Ves cómo forman una figura geométrica?—preguntó.

El profesor tenía razón. En torno a la montaña bajo la cual ahora estaban, había un hexágono perfecto de color rojo.

—Y desde la punta de cada uno emanan una línea ligeramente menor—continuó Francho—. Eso no es algo natural. No es normal que ninguna otra tendrila roja alcance ese tamaño, incluso cuando se ramifican desde estos surcos artificiales.

La mandíbula del sargento Mandisa se tensó.

—¿Qué estamos viendo, profesor?—preguntó ella.

—Una obra antediluviana—respondió él—. Apostaría mi vida a ello.

El corazón del Faucesroja estaba bajo esta columna, sabía Tristan. Y ahora resultaba que esa columna era el centro de alguna obra titánica antediluviana, de una que quizás el aparato de éter dorado que flota encima fuera solo una pieza en una maquinaria mucho mayor, una que la complementaba en lugar de culminar. La vista de la isla desde el lateral solo generaba más preguntas: las líneas del hexágono estaban sumergidas en lo profundo de la superficie de la isla. Eran las líneas que emanaban desde los puntos del figura geométrica las que se elevaban hacia la superficie; y solo algunos tentáculos alcanzaban la cercanía del suelo.

—¿Qué significa eso?—se preguntó, mirando nuevamente la vista aérea, intentando recordar todos los mapas que había visto antes. La mayoría, admito, de Sacromonte y... oh.

—Son canales—dijo Tristan de repente.—Los grandes conductos, son canales para transportar algo. Lo que está causando todo este caos es el agua, el medio de transporte de alguna manera.

Sus recuerdos de la confrontación junto al puente eran vagos, como si sus bordes hubiesen sido expuestos a una llama abierta y se hubieran encogido sobre sí mismos, pero recordaba lo que Fortuna había dicho: sea lo que sea que el Faucesroja fue en su origen, se desvió de esa raíz. La corrupción tiene que ver con la forma en que se alimenta—pensó Tristan—. Está comiendo más de lo que debería y eso lo está torciendo de alguna manera. Solo el ladrón no podía ver cómo sería: todos los dioses alimentados por una hambre insaciable. Incluso aquellos que lograron manifestarse no dejaron de lado ese deseo devorador.

—Entonces, ¿cómo puede la alimentación del Faucesroja ser una desviación?—se preguntó.

—Eso explica por qué los caminos rojos más pequeños parecen tan débiles y mal hechos—notó Yong—. Fueron construidos por el dios, no por los Antediluvianos.

Tristan respiró profundamente. Es necesario que crezca—pensó—. El Faucesroja lo hizo. Pero, ¿y si no debería crecer? ¿Qué pasa si el dios que los Antediluvianos atraparon bajo su gran maquinaria estaba destinado a limitarse a los canales que construyeron y nunca extenderse más allá? Así cumple su función como agua: come por un extremo y escupe por el otro, moviendo la vida, el éter o lo que los Antediluvianos quisieran trasladar. Solo cuando cayó la vieja noche, el Faucesroja dejó de escupir lo que comía.

Ahora, en cambio, utilizaba ese poder para crecer y expandirse.

—El teniente Wen debe ser informado de esto—dijo Mandisa—. Aquí se acabó nuestra tarea.

—¿Qué hará él?—preguntó Tristan.

Él fingió estar impasible. Su pacto con Wen descansaba en la base de que era él quien debía destruir la máquina dorada arriba, así que si el robusto Tianxi decidía que la situación era demasiado grave para arriesgarse a apagar las luces, sus problemas aumentarían. La alta sargento vaciló.

“Cumple con tu trato,” dijo finalmente la mujer de piel oscura. “Prepara todo para mañana, como acordaste.”

Tristán asintió lentamente, cuestionándose cuánto podía confiar en esos dos. A lo sumo, con superficialidad, pensó. Le había contado a Maryam sobre su acuerdo con el teniente Wen, pero no a los otros dos; cuando Mandisa reveló su lengua suelta, le lanzaron miradas punzantes. Tendría que dar explicaciones, pensó el ladrón. Pero no aquí ni ahora.

Como había dicho Mandisa, ya habían terminado allí.

Francho retiró la marca de la máquina, y los colores se apagaron, volviendo a la tapa su brillo verde por unos segundos antes de desvanecerse. Los ojos de Tristan se quedaron en la marca. Ahora que estaba un poco más descansado, pudo recordar una razón por la cual el teniente Vasanti habría solicitado un asalto más allá de la puerta cerrada.

“Suboficial,” dijo, llamando la atención de la mujer con la mirada. “Necesito un favor.”

Ella aceptó, considerando que no era demasiado grande.

--

Luego, volvieron sigilosamente a sus habitaciones, y Tristan no dudó en descansar un poco más. Cerró los ojos y se quedó dormido en minutos, solo para ser despertado después de lo que debieron ser horas, pero que se sintieron como minutos.

“Yong,” gimió. “¿Necesitas que—”

“Arrástralo fuera.”

No fue Yong quien lo agarró, sino dos grandes guardias, siguiendo la orden de una voz fría y furiosa. Tristan no resistió; se dejó caer con limpidez, dispuesto a enfrentar lo que fuera sin moretones. El miedo destruía por completo cualquier resto de sueño, mientras los guardianes de negro le obligaban a ponerse de pie, torciéndole los brazos tras la espalda antes de empujarle hacia adelante. Tropezó con sus pies descalzos sobre la fría piedra y se dio cuenta de que alguien lo esperaba.

En el patio, había más de una veintena de guardianes, la mayor parte del resto de la guarnición, y ninguno dijo palabra alguna mientras lo arrastraban para ponerlo ante ellos.

Rápidamente, encontró a quien buscaba. El teniente Wen estaba sentado en una mesa de cocina, mordiendo alguna especie de pastel, con la sargenta Mandisa a su lado, pero Tristan no permitió que su mirada se detuviera demasiado tiempo. Aunque resultara que eran aliados, no lo mostrarían ahora. No cuando la fuente de la voz que le había ordenado ser arrastrado lo miraba con desprecio.

La teniente Vasanti no parecía herida, a pesar de haber participado en el desafortunado asalto al pilar, pero sí lucía agotada. Su cabello enmarañado, sus ojos algo salvajes. Su ira podía ser fría, pero de ese frío ocultaba algo feo. La peor de todas, pensó Tristan. Las dos grandes capas negras que lo sostenían en su lugar permanecían a ambos lados, mientras la teniente fruncía el ceño.

“Me mentiste,” dijo la teniente Vasanti. “En tu informe. Llegamos al lugar que describiste y allí no había ninguna marca.”

Un gruñido de ira proveniente de la multitud. ¿Cuántos negros había en la guarnición esa mañana—treinta, cuarenta? Si once habían muerto, todos aquí habían perdido al menos a un amigo. Probablemente más. No recibiría piedad de este tribunal si las cosas le salían mal.

“También te dije que el dios podía entrar en la sala que conducía allí,” señaló el ladrón. “Casi me mata allí adentro. No hice promesas de que todo seguiría igual.”

Una carcajada alta. La vio, a la sargenta Olvya. Su sonrisa era arrogante y desagradable.

¿Y debemos creer que el dios los dejó intactos durante siglos y de repente cambió de opinión?

—No me importa en qué creas, Olvya —le respondió con franqueza—. Me preocupa que me hayan arrastrado ante lo que parece una multitud halada a la horca por... no puedo decirlo con certeza. ¿Por ser odiado por dos oficiales de la Guardia?

Hizo una pausa.

—He escuchado acusaciones, pero no pruebas —dijo Tristan—. Sin embargo, soy un prisionero. ¿Es así como la Guardia maneja sus asuntos?

Eso, se dio cuenta, tocaba la marca. Rostros inquietos. El teniente Wen levantó una ceja hacia Vasanti. Entonces, aún eran aliados, pensó Tristan. Wen todavía le tenía un uso, por lo que debería estar dispuesto a poner una balanza a su favor para mantener vivo al ladrón, si podía.

—No estás encarcelado —le soltó el teniente Vasanti con dureza.

El ladrón sonrió con simpatía, mostrando sus dientes perlados a los grandes capos negros que lo sostenían.

—¿Escucharon eso, muchachos? —dijo—. No estoy encarcelado.

Tiró de sus brazos con significado y, tras unos gestos hacia Vasanti —quien gruñó un asentimiento—, lo soltaron. Incluso dieron unos pasos atrás. Ah, bien. Ahora tal vez podía intentar huir, aunque escapar de una guarnición armada con fusiles sin siquiera llevar botas parecía... bueno, marcar ese plan como suicidio con todo el estilo. Hay que empezar por algún lado. Y ahora, a tener en cuenta la pieza que no tenía a la vista —¿dónde estaban los otros?—.

Un vistazo hacia atrás le mostró que los guardias armados estaban de pie frente a las otras habitaciones ocupadas. Cuando Yong abrió su cortina, un mosquetón le apuntó y una orden severa obligó al Tianxi a cerrarla. Desde allí no habría ayuda.

Peor aún, otra capa negra revisaba sus asuntos y salió triunfante. El guardia, vio, sostenía un botón en su mano. Un botón de piedra, uno de esos que pueden servir como llave para abrir la puerta cerrada en la columna. Probablemente el que llevaba en su abrigo, decidió. El del zapato, estaba

muy bien escondido.

—Lo encontré, señora —gritó—. Tiene una llave, como dijo.

—Y aquí estamos —dijo la teniente Vasanti con una sonrisa—. Evidencia, como solicitaste. Encontraste una forma de entrar allí y tomar la marca.

Tristan sonrió amablemente y luego miró a la vigilante.

—¿Tú, revisando mis cosas? —preguntó—. ¿Cuál es tu nombre?

Las capas negras se sorprendieron con su pregunta.

—Eh, —dijo—. Dulcia?

—Dulcia —repitió—. Mientras aún estés allí adentro, ¿has visto la marca?

Un momento de silencio.

—No —concedió Dulcia.

Tristan volvió la mirada hacia la teniente Vasanti.

—Vaya sorpresa —comentó.

Ella resopló.

—Entonces, la escondiste en otro lugar —dijo Vasanti.

—Podría haberlo hecho, sí —afirmó Tristan con facilidad—. También podría ser rey de Izcalli. ¿Estamos ahora sacando a la gente de sus camas en medio de la noche por las nubes, teniente?

Wen mordió su pastel, más de la mitad ya comido, y tragó ruidosamente. Su barbilla tenía restos de migas.

—No está equivocado —dijo el teniente Tianxi—. Tú también tienes una llave, Vasanti. ¿Qué tanto vigilaste eso?

La anciana se volvió hacia el otro oficial, con el rostro contorsionado de ira.

—¿Estás insinuando que uno de nosotros hizo esto?

“Afirmo que cualquiera podría haber utilizado tu llave, o la suya, en su caso,” respondió el teniente Wen con serenidad. “¿Quieres que llevemos a cabo un juicio bajo estas circunstancias tan vagas? Todos rendiremos cuentas al comandante Artal por ello.”

Se detuvo un instante.

“¿A menos que estés pidiéndonos que enviemos informes falsificados sobre todo este asunto?” preguntó Wen. “¿Es eso lo que quieres?”

“Por supuesto que no,” negó Vasanti rápidamente.

Demasiado impaciente.

“Pues presenta una mejor argumentación,” aconsejó el Tianxi. “No voy a ensuciar más mi expediente solo porque quieras culpar a alguna rata de Sacromonte por el desaguisado de hoy.”

Sus ojos se endurecieron hacia ella, pero no duró mucho.

“Éramos once los que caímos, Wen,” dijo la teniente Vasanti. “¿Ahora quieres dejar escapar a la única persona que tiene respuestas?”

El ambiente, que parecía favorecer a Wen, cambió bruscamente en su contra. Tristan pensó que Vasanti no usaba la razón; empleaba la ira, y esa siempre deja una marca. La mayoría de los presentes seguramente ya tenían manchas en sus registros para haber recibido esta misión en primer lugar, reflexionó. Para ellos, esa amenaza no resulta tan disuasoria.

“No pongas palabras en mi boca,” replicó Wen. “¿Quieres respuestas? Pues búscalas. Pero esta farsa es una pérdida de tiempo para todos. Al amanecer, ya tendremos una razón legítima para acabar con su vida, o tendremos que permitirle que pase por el juicio.”

Hubo una pausa.

“¿Vas a someterlo a un interrogatorio serio en un rincón o seguirás desperdiciando mi buena noche fingiendo ser un magistrado?” preguntó el Tianxi.

La teniente Vasanti miró fijamente al otro oficial, aunque en su interior vio lo mismo que Tristan: Wen los había convencido. La Guardia no era una turba ni un círculo cerrado; tenían reglas — y Vasanti no les había dado una razón suficiente para romperlas, no cuando había una manera de obtener respuestas sin que sus superiores les castigaran. Esto, pensó Tristan, era lo mejor que Wen podía hacer por él.

Sacarlo de allí simplemente no era una opción, con tantas almas enfadadas buscando un chivo expiatorio. Lo que el Tianxi podía ofrecer era alejarlo de la multitud, ponerlo en una habitación con unos pocos, donde pudiera negociar en secreto.

Un oleaje de gratitud despertó en su interior, apenas empañado por la sensación de que Wen acababa de sugerir, en esencia, que lo torturaran para obtener respuestas.

“De acuerdo,” gruñó la vieja Someshwari, “si no te importa obtener respuestas para los muertos, yo sí lo haré.”

“Oh, Vasanti,” dijo Wen con tono suave, “me importa. A diferencia de ti, yo conocía sus nombres. Por eso, cuando el comandante Artal te disparé por haber provocado más muertes en contra de sus

órdenes explícitas, estaré en esa sala con uno de estos pastelitos.”

El robusto Tianxi sonrió, tragándose el último bocado y lamiéndose los dedos.

“Y estoy seguro de que sabrá deliciosa,” agregó.

Tristan nunca le cruzó la mirada, ni siquiera le dirigió la vista, pero en su mente agradeció a Wen por este último regalo.

Le acababan de decir algo que quizás le salvaría la vida.

—

El puño le hundió profundamente en el intestino, y Tristan se dobló, vomitando descontroladamente sobre el suelo.

No era la peor golpiza que había recibido; los guardias, profesionales, golpeaban en lugares que no ocasionarían daño permanente y medían con cuidado la fuerza. Le dolería y se llenaría de moretones, pero no tendría huesos rotos ni heridas ocultas que sangraran sin ser detectadas.

De regreso en la silla, ordenó el teniente Vasanti.

Le obligaron a levantarse nuevamente mientras su estómago temblaba y el ácido subía por su garganta.

“Un poco a la izquierda”, susurró Fortuna junto a su oído.

Él siguió su consejo y volvió a vomitar, empapando de manera muy satisfactoria las piernas del vigía. El hombre maldijo y lo empujó hacia la silla, retrocediendo. El otro se rió, levantándole la barbilla a Tristan para que quedara frente al teniente Vasanti. La mirada de la vieja Someshwari era fría, inmutable ante la escena de violencia que ella misma había ordenado.

“¿Dónde está la marca, Tristan?”, preguntó.

“¿Conoce usted las obras de la poetisa Iliria?”, preguntó la rata.

“De nuevo”, dijo Vasanti.

El de capa negra que le había levantado la barbilla le dio una bofetada con la palma de la mano. Sus mejillas estaban tan rojas que apenas lo sintió. En breve, volverían a rotar hacia sus muslos internos.

“¿Dónde está la marca, Tristan?”, preguntó el teniente Vasanti.

“Hay un poema en su Libro de Mentiras, titulado ‘La Corte de los Gatos’”, respondió.

La Someshwari suspiró.

“Estrangúlale”.

El hombre corpulento le agarró por la garganta, volcando la silla, y chocó contra la pared. Sus dedos, como salchichas, apretaron mientras intentaba respirar. Tristan se internó en sí mismo, con la vista perdida. Pensó en la tumba en la que descansaba, en su forma. La sensación de la piedra bajo sus dedos, su frescura. Cómo sus pies presionaban el fondo, y cómo tendría que doblar sus piernas para salir.

“—basta, morirá”, susurró.

Tristan jadeó, con el aire regresándole a los pulmones, y comenzó a toser. El de capa negra en el que había vomitado lo observó con atención, luego se retiró.

“Está bien”.

El teniente Vasanti se inclinó hacia adelante.

“¿Dónde está la marca, Tristan?”, repitió.

“Es el segundo verso”, susurró con voz ronca. “Es así...”

Los dedos volvieron a rodear su cuello sin que fuera necesario un mandato.

“Dejar la corte de los gatos

es aún más sencillo”, logró decir antes de que la presión se intensificara.

Cegado por la falta de oxígeno, intentó respirar a ciegas, atravesado por la sujeción.

“Detente”, ordenó Vasanti. “Déjalo terminar”.

Soltó una carcajada rota cuando sus dedos lo liberaron.

“Porque cuando su hambre surge,

las ratas siempre son un juego”, musitó.

Hubo un largo momento de silencio.

“Dame la habitación”, dijo el teniente. “Sé qué hará que se anhée”.

Tristan pensó que mentía, esbozando una sonrisa ensangrentada. Los dos matones —porque no eran más que eso, sin importar el color de su capa— intercambiaron miradas sorprendidas y luego obedecieron a su superior. La puerta se cerró en la pequeña habitación oscura, con la única linterna encendida proyectando su parpadeante luz entre ellos.

“Capto tu intención. Quieres garantías de que no te mataré cuando tenga la marca”, dijo Vasanti.

“¿Por qué debería siquiera creer que sabes dónde está?”

“Porque tú quieres”, susurró Tristan. “Conseguirla en tus manos es la única forma de que sobrevivas el mes.”

Los ojos de la Someshwari se entrecerraron. ¿Será que pensaba que no la escuchaba? Vasanti misma le había dicho que ya no le permitían intentar el pilar, que los intentos en la sala del engranaje habían causado la muerte de demasiados vigilantes. Y ahora tenía once cadáveres más que justificar, desobedeciendo órdenes explícitas. Pudiera ser que la matarían por ello, como Wen había afirmado.

A menos que tuviera algo que valiera aquel precio de tantos muertos.

“Realmente eres una rata desagradable, ¿verdad?”, dijo. “Siempre husmeando en los asuntos de todos”.

Él resopló.

“Vamos”, dijo. “¿Cuántas razones hay para que te pongas tan imprudente que termines atacando? Crees que has descifrado la combinación de fichas que abrirá la puerta principal. Necesitas la marca porque piensas que eso hará que el aparato funcione.”

El dispositivo de azulejos en la habitación justo después de aquella donde había encontrado la marca, aquella donde el dios casi lo había matado. Vasanti debe haber descubierto su secreto, aunque las fichas iguales en las rejas de hierro no mostraban símbolos. La anciana lo observó durante un largo momento.

—Tenía razón —dijo de repente—. No puedo dejar que ingreses al Vigilante. Es demasiado tarde para ti.

Tristán parpadeó, por un instante, perdido en la confusión.

—¿Crees que eres el único que Nerei entrenó, muchacho? —dijo Vasanti con dureza—. Eres el tercero que encuentro. Y ambos eran auténticos monstruos, igual que su creador.

La Someshwari se inclinó hacia adelante.

—Fui suave contigo, intenté deslizarte fuera de las pruebas para que pudieras volver a tu antigua vida, pero siempre doblegaste la voluntad —dijo—. La enfermedad ya está en los huesos.

Él cerró los ojos. La ira no lo había invadido hasta ahora, ni cuando estaba en la tumba y aún no había comprado su salida. La ira, el miedo, no ayudaban. Pero ahora llegó de todas formas.

—Ni siquiera se trataba de mí.

Sus ojos se enrojecieron.

—Todo, —dijo con un calma insoportable—, fue parte de tu pelea de patio con alguien que ni siquiera está en esta maldita isla.

La vieja teniente hizo una mueca de desprecio.

—No tienes idea de lo que—

Ya eso quedó en el pasado.

—No me importa —se rio Tristan—. Y no necesito que te importe, Vasanti, porque me darás lo que quiero.

—¿Debería llamar a los muchachos de regreso? —preguntó ella con frialdad—.

—No importa si lo haces —dijo él—. Porque al final del día, Vasanti, tú eres un cobarde. Tienes miedo de Abuela, de lo que has hecho, pero sobre todo, te da pavor la muerte — y yo soy el único que puede decirte dónde está esa cosa que necesitas para vivir.

Y bajo el manto negro, entre los años, la autoridad y toda la arrogancia de alguien acostumbrado a estar del lado correcto del arma, Tristan reconoció lo que tenía ante sí.

Vasanti era una rata.

—Tengo a gente buscándolo —dijo ella—. ¿Crees que esconder las cosas en una fortaleza en ruinas o en los agujeros afuera funcionará?

—Puedo esperar —respondió Tristan—. Más tiempo que tú, eso creo.

Vasanti se levantó, salió. Momentos después, entraron los dos matones. Tristan cerró los ojos y pensó en la tumba.